



C O L U M N A

La imperfección de la carne

The imperfection of the flesh

A imperfeição da carne

<https://doi.org/10.46856/grp.22.e070>

Date received: January 28 / 2021
Date acceptance: February 15 / 2021
Date published: March 11 / 2021

Cite as: Palacios A. La imperfección de la carne [Internet]. Global Rheumatology. Vol 2 / Ene - Jun [2021]. Available from: <https://doi.org/10.46856/grp.22.e070>



COLUMNA

La imperfección de la carne

Alberto Palacios

Jefe del Departamento de Inmunología y Reumatología del Hospital de los Angeles Pedregal en CDMX, dr.apboix@icloud.com.

"Lauro encuentra a su esposa Amelia en su casa, la escena siguiente es en un hospital y al final, una reflexión de lo que pudo ser. "

Presas de un retortijón, Amelia se incorpora de la cama y vomita violentamente la cena descompuesta que tanto hubiese disfrutado anoche de no ser por este malestar que no ha cesado. Se filtran algunas luces por el borde de su ventana que revelan que es aún de madrugada. A lo lejos ladran perros de manera incesante y ello, además de perturbar su sueño, aumenta la sensación de repugnancia.

Su pareja ronca, indiferente, y puede discernir un hilo de saliva en la almohada. Otra vez la náusea y un vómito de baba amarga; – el gusto amargo de la bilis – murmura.

Cuando acude al retrete, los espasmos aumentan y siente la urgencia de una evacuación diarreica.

-¿¡Cómo demonios me contagié!? – se pregunta, esta vez en voz alta, tomándose el abdomen para mitigar el cólico.

No bien ha pasado el tenesmo, se para frente del espejo y calcula el daño. Ojeras de dos días, el cabello revuelto, la boca seca y fétida; parece un espectro de sí misma.

Revuelve el cajón de los medicamentos y no encuentra uno apropiado para este predicamento. Tendrá que despertar al incapaz de Lauro o llamar a deshoras para pedir un antiemético, pero en su confusión no atina a recordar el número de la farmacia.

El esposo la encuentra varios minutos después temblando, sudorosa y delirante, recostada en el suelo del baño con el camisón descorrido y manchada de heces fecales. La imagen es de una sordidez alarmante; tanto, que de momento teme que esté muerta. Se acerca a tomarle el pulso y corre a pedir ayuda al 911.

La limpia como puede, atento a esos genitales que ha besado y venerado, que hoy quiere dejar impolutos, libres de infección y de inmundicias. Está a punto de colocarle unas bragas – los primeros calzones que encuentra, y desconoce – cuando oye la sirena de la ambulancia muy cerca, casi ensordecedora, como una amenaza más que un consuelo.

Ante su puerta avista a dos chicos vestidos de azul, imberbes pero exactos en sus preguntas y movimientos; que toman nota del estado de la enferma y se aprestan a conducirla en camilla hasta el vehículo.

-¿Quiere acompañarla? – pregunta el más joven, ante el estupor de Lauro.

-No, no sé – titubeó el hombre, todavía en pijama, sucio de heces y vómito.

-Pues decídase, – añade el conductor en tono imperativo – porque se le muere la vieja.

El trayecto al hospital está marcado por un penoso silencio, apenas roto por las maniobras y la charla de los paramédicos, que “canalizan” (extraño término) a su mujer, le ponen una mascarilla y descubren sus senos sin pudor alguno para colocarle unos electrodos. A Lauro ese pecho que lo ha acunado tantas veces le parece ahora insustancial, los pezones deformes, la flacidez de esa carne remota y ajena.

Una vez en la clínica, recibe a su Amelia – quien no sale del coma y respira con obvia dificultad – un equipo de personajes ataviados como astronautas que actúan y responden bajo órdenes mecánicas.

-¡A la de tres! ¡Una, dos, tres! – mientras él observa atónito como su compañera es lanzada y trasladada como un bulto.

Le impiden la entrada y la ve alejarse en medio de cuerpos amorfos y apresurados.

-¿Es usted su familiar? – pregunta otra, también enfundada en un traje de plástico y con ojos inquisidores que asoman bajo la careta.

-Sí – responde Lauro, mirando hacia el pasillo. – ¿A dónde la llevan?

-Ya le dirán, señor. Por lo pronto acompáñeme.

Lauro se ve perdido, siguiendo a esta mujer anónima sin entender el orden clínico o legal o mórbido que impera en este nosocomio. A su paso hay gente que duerme, que llora, que dialoga en voz baja, que come algún emparedado sin ganas y con ojos huecos. Se pregunta si él también pasará a formar parte de este ejército de espectros que aguardan noticias de sus sobrevivientes o sus muertos.

Le inquietan cosas que no sabe o que no recuerda: si Amelia tiene cáncer o bebe alcohol a escondidas, si sus suegros eran diabéticos o hipertensos, si ella consume estupefacientes o remedios caseros...

Todo es confuso para nuestro protagonista, quien de pronto se avergüenza de su aspecto y de la fetidez que exuda. No tiene a quien llamar, porque no trajo consigo la libreta donde anota todo desde que comenzó a perder la memoria. Y ahora mismo no sabe dónde está, cómo llegó a este lugar tan inhóspito, lleno de gente extraña. – ¡Qué falta le hace Amelia, que todo lo sabe y todo lo resuelve! ¿Dónde se habrá escondido? – se pregunta. – ¡Qué desfachatez dejarlo solo entre desconocidos!

Alguien le cede un asiento, duro como piedra, y dormita varias horas sumido en esa sórdida pesadilla de gente y ruido que lo confunde más y más. Nada tiene sentido, aunque por momentos le ofrezcan agua o un teléfono celular por si quiere localizar a alguien.

– No, gracias – se disculpa, – estoy esperando a mi esposa. No debe tardar.

Al cabo de horas inconsecuentes, escucha que mencionan a su compañera por un altavoz y se incorpora con cierto entumecimiento, pero aliviado de que por fin van a salir de esta odisea.

-Señor Dominguez, le tengo malas noticias – le dice una mujer regordeta, vestida de enfermera, con cofia y todo, como en las películas.

Lauro la observa con extrañeza. – ¿Dónde está mi esposa, señorita? ¿Por qué la retienen?

– Tuvieron que intubarla – replica ella, con gestos recios para constatar si el hombre ha entendido.

– ¿Qué dice? ¿En una incubadora? ¿Cómo?

-No, perdone, no me expliqué. Dejé de respirar y le pusieron un tubo de plástico en la tráquea para conectarla a un ventilador. Está muy grave.

La aclaración es demasiado para Lauro, que cae desvanecido en medio de dos señoras quienes logran atenuar apenas su caída.

Cuando vuelve en sí, está en una cama estrecha rodeado de asistentes médicos y enfermeras, con unos picos que le perfunde aire en las narices y sometido por un brazaletes que le aprieta repetidamente el bíceps.

-¿Se encuentra bien, Lauro? – le pregunta un doctor barbudo, con una familiaridad irritante.

-¿Qué hago aquí? – increpa él, molesto por el abuso. – ¿Y dónde está mi mujer? ¡Déjennos ir a casa! ¡Ya estuvo bueno!

Han pasado varias semanas desde que Amelia lo abandonara, y Lauro sigue sin comprender que la condujo a desistir de un buen matrimonio como el que compartieron por más de cuarenta años. Cierto, tuvieron sus desacuerdos; la esterilidad de él pudo haber sido una causa de descontento y rabia, pero pudieron haberlo hablado, incluso adoptar una criatura...

La casa de retiro donde habita desde hace tiempo (¿cuánto? nadie sabe) es agradable, y empieza a conocer a algunos residentes que lo saludan por su nombre. Quisiera poder devolverles el saludo con la misma cordialidad, pero sus caras a veces se le escapan y no ha logrado retener sus pormenores. Se mira en el espejo de su cuarto, donde conserva una foto de su esposa, sentada en una banca de un parque anodino. Ella parece observar algo a la distancia. Así, distraída como la captó la cámara, rebosa frescura y belleza; es su mejor perfil, sin duda.

-¿Quién habrá puesto ese listón negro en el marco de su retrato, que tanto lo afea?

COLUMNS

The imperfection of the flesh

Alberto Palacios

Jefe del Departamento de Inmunología y Reumatología del Hospital de los Angeles Pedregal en CDMX, dr.apboix@icloud.com.

"Lauro finds his wife Amelia at home, the next scene is in a hospital and at the end, a reflection of what could have been."

Amelia gets up from her bed with a severe stomachache and violently vomits the spoiled dinner that she would have much enjoyed the night before had it not been for this discomfort that had not ceased. The light enters through the edge of the window, making it clear it is still early dawn. Dogs bark incessantly in the dark, and this, in addition to disturbing her sleep, increases her feeling of disgust.

Her husband snores, indifferent, and she finds a bit of saliva on the pillow. Nausea again and a vomit of bitter drool, the bitter taste of bile, she murmurs.

When she goes to the toilet, the spasms increase, and she feels the urge to have a diarrheal bowel movement.

"How the hell did I get this?" she wonders, this time out loud, holding her abdomen to alleviate the pain.

As soon as the tenesmus has passed, she stands in front of the mirror and sees the aftermath. Two-day-old dark circles, wild hair, dry mouth and fetid breath; she looks like a ghost.

Opens up the medicine drawer and can't find anything for this predicament. She will have to wake up the useless Lauro or call after hours to ask for an antiemetic, but in her confusion doesn't remember the number of the drugstore.

Her husband finds her several minutes later shaking, sweaty and delirious, lying on the bathroom floor with her nightgown pulled down and stained with feces. The image is alarmingly squalid; so much so that for a moment he fears she is dead. He walks over to take her pulse and runs to call 911 for help.

He cleans her as best he can, paying attention to those genitals that he has kissed and adored, which today he wants to leave clean, free of infection and filth. He is about to put some panties on her - the first one he can find and that are unfamiliar- when suddenly he hears the siren of the ambulance very close, almost deafening, more as a threat than a relief.

At his doorstep arrive two men dressed in blue, beardless but exact in their questions and movements. They take note of the patient's condition and prepare to carry her on a stretcher to the vehicle.

"Would you like to accompany her?" Asked the youngest, to Lauro's stupor.

"No, I don't know," the man hesitated, still in his pajamas, dirty with feces and vomit.

"Well, make up your mind sir," says the driver in an imperative tone, "because this lady is dying."

The journey to the hospital is marked by a painful silence, barely broken by the maneuvers and the conversations of the paramedics, who cannulated (awkward term) his wife, placed a mask on her, and shamelessly uncovered her breasts to place electrodes. For Lauro, that breast that has embraced him so many times before now seems insubstantial, the deformed nipples, the flaccidity of that distant and foreign flesh.

Once at the clinic, Amelia who is still in a coma and breathes with obvious difficulty, is received by a team of characters dressed as astronauts who act and respond under mechanical orders.

"On the count of three, one! two! three!" he watches in amazement as his wife is thrown and transferred like a bundle.

They stop him from entering and he watches her go away amid hurried, amorphous bodies.

"Are you a family member?" asks another, also clad in a plastic suit with inquisitive eyes peeking out from under the mask.

"Yes," Lauro answers, looking down the hallway. "Where are they taking her?"

"They'll soon tell you, sir, for the time being come with me."

Lauro seems lost, following this anonymous woman without understanding the clinical or legal or morbid order that prevails in this hospital. There are people sleeping, crying, whispering, or eating a sandwich reluctantly with a lifeless stare. He wonders if he too will become part of this army of ghosts who await news of their survivors or their deceased.

They ask him things that he doesn't know or doesn't remember: if Amelia has cancer or secretly drinks alcohol, if her in-laws are diabetic or hypertensive, if she consumes narcotics or home remedies.

Everything is confusing for our main character, who suddenly feels embarrassed by his appearance and the stench he exudes. He has no one to call, because he did not bring the notebook where he writes everything down since he began to lose his memory. At this point, he doesn't know where he is, how he got to this inhospitable place, full of strange people. He misses Amelia so much, "she knows everything and solves everything! Where is she hiding?" he wonders. "How dare she leave him alone among strangers!"

Someone gives him a seat, hard as stone, and he snoozes for several hours in that sordid nightmare of people and noise that confuses him more and more. Nothing makes sense, even if at times they offer him water or a cell phone in case he wants to call someone.

"No thank you," he says, "I'm waiting for my wife, she will arrive any time soon."

After several inconsistent hours, he hears his wife's name being mentioned over a loudspeaker and sits up a little bit numb, but relieved that they are finally going to get out of this odyssey.

"Mr. Dominguez, I have bad news for you," says a chubby woman, dressed as a nurse, with a cap and all, just like in the movies.

Lauro looks at her strangely, "Where is my wife, miss?" Why are you retaining her?"

"They had to intubate her," she replies with a firm expression to make sure that the man has understood.

"What did you just say? In an incubator? How?"

"No, excuse me, I didn't express myself correctly, your wife stopped breathing and a plastic tube was put into her windpipe to connect her to a ventilator, it is very serious."

This explanation was too much for Lauro who collapses in the middle of two ladies who manage to barely mitigate the fall.

He awakes lying in a narrow bed surrounded by medical assistants and nurses, pumping air into his nostrils with a band that repeatedly squeezes his biceps.

“Are you okay, Lauro?” asks a bearded doctor, with an irritating familiarity.”

“What am I doing here?” he abruptly responds annoyed by the abuse, “and where is my wife? let us go home! It’s enough!”

Several weeks have passed since Amelia left him, and Lauro still doesn’t understand what led her to give up a good marriage like the one they shared for more than forty years. They had their disagreements, it’s true, his infertility could have been a cause of unhappiness and anger, but they could have talked about it, even consider adopting a child.

The retirement home where he has lived for a long time (how long, nobody knows) is pleasant, and he begins to meet some residents who greet him by his name. He wishes he could return the greeting with the same cordiality, but sometimes he doesn’t recognize their faces and seems to forget details. He looks at himself in the mirror in his room, where he keeps a photo of his wife, sitting on a bench in a park. She seems to observe something in the distance. Thus, distracted as the camera captures her image, she displays freshness and beauty; it is her best angle, without a doubt.

“Who put that black ribbon on her picture frame? It looks so ugly!”

COLUNA

A imperfeição da carne

Alberto Palacios

IIJefe del Departamento de Inmunología y Reumatología del Hospital de los Angeles Pedregal en CDMX, dr.apboix@icloud.com.

"Lauro acha à sua esposa Amélia em casa, a próxima cena é em um hospital e no final, uma reflexão do que poderia ter sido. "

Com câibras, Amélia se levanta da cama e vomita violentamente o jantar estragado de que tanto teria gostado na noite anterior se não fosse por esse mal-estar que não cessou. Algumas luzes se filtram pela borda da janela, revelando que ainda é de manhã cedo. À distância os cães latem sem parar e isso, além de atrapalhar o sono, aumenta a sensação de nojo.

O seu parceiro é rouco, indiferente e consegue perceber um fio de saliva no travesseiro. Náusea de novo e um vômito de baba amarga; - o gosto amargo da bile - ela murmura.

Quando ela vai ao banheiro, os espasmos aumentam e sente vontade de evacuar.

-Como diabos eu consegui !? - ela se pergunta, desta vez em voz alta, segurando o abdômen para aliviar a cólica.

Assim que o tenesmo passa, ela fica em frente ao espelho e calcula o dano. Círculos escuros de dois dias, cabelo rebelde, boca seca e fétida; parece um espectro de si mesma.

Ela vasculha a gaveta de remédios e não consegue encontrar um adequado para essa situação. Terá que acordar ao incapaz Lauro ou ligar depois do expediente para pedir um antiemético, mas na confusão não consegue lembrar o número da farmácia.

O marido a encontra alguns minutos depois, tremendo, suada e delirando, deitada no chão do banheiro com a camisola puxada para baixo e manchada de fezes. A imagem é assustadoramente esquálida; tanto que no momento ele teme que ela esteja morta. Ele se aproxima para tomar o seu pulso e corre para o 911 para obter ajuda.

Limpa-a o melhor que pode, atento àqueles órgãos genitais que beijou e reverenciou, que hoje quer deixar impolutos, livres de infecção e sujeira. Ele está prestes a colocar uma calcinha - a primeira calcinha que encontra, e não reconhece - quando ouve a sirene da ambulância muito próxima, quase ensurdecedora, mais uma ameaça do que um consolo.

À sua porta, ele vê dois meninos vestidos de azul, sem barba, mas exatos nas suas perguntas e movimentos; eles anotam o estado da paciente e se preparam para carregá-la em uma maca até o veículo.

-Você gostaria de acompanhá-la? - pergunta o mais novo, para o estupor de Lauro.

"Não, não sei", hesitou o homem, ainda de pijama, sujo de fezes e vômito.

"Bem, decida-se", acrescenta o motorista em tom imperativo, "porque a velha está morrendo."

A ida ao hospital é marcada por um silêncio doloroso, mal quebrado pelas manobras e pelas falas dos paramédicos, que "canalizam" (termo estranho) à sua esposa, colocam uma máscara nela e descaradamente descobrem os seus seios para colocar eletrodos. Para o Lauro aquele peito que tantas vezes o embalou agora parece insubstancial, os mamilos deformados, a flacidez daquela carne remota e alheia.

Já na clínica, recebe Amélia - que não sai do coma e respira com evidente dificuldade - uma equipe de personagens vestidos de astronautas que agem e respondem a ordens mecânicas.

-Às Três! Um, dois, três! - enquanto ele assiste com espanto como à sua mulher é jogada e transferida como um pacote.

O impedem de entrar e ele a observa se afastar em meio a corpos amorfos e apressados.

-Você é membro da família dela? - pergunta outro, também vestido com um terno de plástico e com olhos curiosos espreitando por baixo da máscara.

-Sim - responde o Lauro, olhando pelo corredor. - Para onde a estão levando?

"Eles vão te dizer, senhor." Por enquanto acompanhe-me.

O Lauro está perdido, seguindo esta mulher anônima sem entender a ordem clínica ou legal ou mórbida que prevalece neste hospital. No seu caminho há pessoas que dormem, que choram, que falam em voz baixa, que comem um sanduíche sem sentir vontade e com os olhos vazios. Ele se pergunta se também fará parte desse exército de espectros que aguardam notícias dos seus sobreviventes ou dos seus mortos.

Perguntam sobre coisas que ela não sabe ou não lembra: se Amélia tem câncer ou bebe álcool secretamente, se os sogros são diabéticos ou hipertensos, se ela consome entorpecentes ou remédios caseiros ...

Tudo é confuso para o nosso protagonista, que de repente se envergonha da sua aparência e do fedor que exala. Não tem a quem telefonar, porque não trouxe o caderno onde escreve tudo desde que começou a perder a memória. E agora ele não sabe onde está, como chegou a este lugar inóspito, cheio de pessoas estranhas. - O que você precisa Amélia, que sabe tudo e resolve tudo! Onde ela está se escondendo? - ele pergunta. - Que audácia o deixar sozinho entre estranhos!

Alguém lhe dá um assento, duro como pedra, e ele cochila várias horas naquele pesadelo sórdido de gente e barulho que o confunde cada vez mais. Nada faz sentido, mesmo que às vezes lhe ofereçam água ou um telefone celular caso que quisesse localizar alguém.

- Não, obrigado - ele se desculpa, - estou esperando à minha esposa. Não deve demorar muito.

Depois de horas inconsequentes, ele ouve à sua parceira ser mencionada em um alto-falante e se sente um pouco entorpecido, mas aliviado por finalmente estarem saindo dessa odisseia.

-Senhor Dominguez, tenho más notícias para o senhor - diz uma mulher rechonchuda, vestida de enfermeira, de boné e tudo, como nos filmes.

O Lauro a olha estranhamente. - Onde está minha esposa, senhorita? Por que estão retendo-a?

- Tiveram que a intubar - responde ela, com gestos fortes para verificar se o homem entendeu.

- Que diz? Em uma incubadora? Como?

-Não, com licença, eu não me expliquei. Ela parou de respirar e um tubo de plástico foi colocado na sua traqueia para conectá-la a um ventilador. É muito sério.

O esclarecimento é demais para Lauro, que cai desmaiado no meio de duas senhoras que mal conseguem amenizar a sua queda.

Quando ele acorda, ele está em uma cama estreita cercada por assistentes médicos e enfermeiras, com pontas que bombeiam ar nas suas narinas e presas por uma pulseira que aperta repetidamente os seus bíceps.

-Você está bem, Lauro? - pergunta um médico barbudo, com uma familiaridade irritante.

-O que faço aqui? - ele repreende, irritado com o abuso. - E onde está minha esposa? Vamos para casa! Já foi suficiente!

Várias semanas se passaram desde que a Amélia o deixou e o Lauro ainda não entende o que a levou a desistir de um bom casamento como o que eles viveram por mais de quarenta anos. É verdade que eles tiveram as suas divergências; a sua esterilidade pode ter sido causa de descontentamento e raiva, mas eles poderiam ter falado sobre isso, até mesmo adotado uma criança ...

O asilo onde mora há muito tempo (há quanto tempo ninguém sabe) é agradável, e ele começa a encontrar alguns moradores que o cumprimentam pelo nome. Gostaria de poder retribuir a saudação com a mesma cordialidade, mas às vezes seus rostos lhe escapam e ele não soube reter os detalhes. Ele se olha no espelho do seu quarto, onde guarda uma foto da sua esposa, sentada em um banco de um parque indefinido. Ela parece observar algo à distância. Assim, distraída enquanto a câmera a captava, ela exala frescor e beleza; é o seu melhor perfil, sem dúvida.

-Quem colocou aquela fita preta na moldura do retrato dele, que o deixa feio?